MADRID: POMBO, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

He ido al café de Pombo, a la sagrada cripta, para hablar con propiedad. He entrado con el mismo estado de ánimo que siento cuando me encuentro en un jardín zoológico. Cuando visito uno de esos jardines y veo los animales enjaulados, me parece que lo que tengo delante no son animales ordinarios, sino los últimos ejemplares que quedan de los animales, las reminiscencias, las postrimerías de los animales. Los leones de los parques me han producido siempre el efecto de ser los últimos leones que quedan.

Madrid es una ciudad que se halla en un momento de transición. Está cruzando el puente que lleva de la ciudad con cosas y costumbres típicas a la gran ciudad de vida uniforme, monótona y gris. Todo lo que resta de la etapa anterior parecen reminiscencias. Por eso, hay que venir a Madrid a ver los últimos cafés, los últimos noctámbulos, las últimas tertulias, los últimos intelectuales. Los últimos intelectuales —lo que se dice los últimos intelectuales— van a Pombo.

Pombo es un café silencioso y ochocentista, con mesas rectangulares de mármol para cuatro personas, alargado, con forma de túnel, techo abovedado y unos espejos anacrónicos en las paredes de un color melancólico. Es un café para ir a tomar chocolate con melindres y un vaso de agua a la española.

Cada sábado, después de cenar, Ramón Gómez de la Serna va a Pombo, lo que atrae a una banda innumerable de artistas, de literatos, de escritores jóvenes. La tertulia es abierta y generosa. No bien os habéis dado a conocer, Ramón saca un libro de oro y os hace firmar. Después extrae de debajo de un banco un paquete de libros envueltos en un gran pañuelo de hierbas. Ramón coge unos cuantos, los firma con una caligrafía terrible y con tinta roja y os los regala.

Cuando la vista se acostumbra al humo de tabaco que flota en el ambiente y puede discernir más o menos las caras de los que están enfrente, se tiene la sensación de que alrededor de Ramón Gómez de la Serna está toda la gente con pretensiones de Madrid que no ha cenado. Caras famélicas, caras largas, caras pálidas, barbillas temblorosas, ojos calenturientos, higiene equívoca, vestidos que parecen prestados. Ramón es, en definitiva, la única persona del local que da la impresión de haber cenado. A su lado hay un hombre silencioso, de cabellos cortos y blancos, que tanto podría ser un obrero como un burócrata, como un marqués nacido a la democracia; un hombre con una risa de conejo; un hombre de granito, un hombre que parece un loco apaciguado: es el pintor Solana. Casi todos los asistentes a la desorbitada tertulia van vestidos de negro y tienden, famélicos, a las formas del seminario clerical. Solana lleva un traje claro. Un hombre misterioso, indiferente y lejano.

Ramón Gómez de la Serna es una persona muy simpática. Produce más efecto sentado que de pie. De pie, con el sombrerito, la patilla, la capa, sus carnes y sus gorduras,

el ancho cuello, la cabeza y el rostro muy grandes y dibujados hacen que parezca un hombre bajo, un hombre que no ha podido crecer porque su familia, por diversión, le hacía llevar, cuando era niño, un peso sobre la cabeza. De pie, Gómez de la Serna parece un defensa de *team* de fútbol afeminado, o el hijo inteligente de algún carnicero enriquecido. Se le nota demasiado la piel, un poco aceitosa, con una punta de *morbidezza* de hombre de interior. En esa posición, Gómez de la Serna no dice nada interesante, habla como todo el mundo, es un personaje completamente gris y anodino.

Sentado es otra cosa. Cuando se sienta, en su rostro se produce un fenómeno extraño. Parece que la cara se le alarga y coge la forma de una almendra. Entonces su aspecto saludable, su frente amplia y noble, sus ojos negros y salientes dentro de unas órbitas muy recias, sus blancos dientes sobre el fondo de sus corbatones, hacen un gran efecto. Su voz adquiere un tono metálico, pero aterciopelado, y con esta voz tiene una manera de decir las cosas cargada de la impertinencia imperceptible de una marca experimentada —y lo que dice tiene, a veces, mucha gracia—. El gesto es amplio, desenvuelto, lleno de sociabilidad. Sentado, este hombre se convierte en uno de los animadores de tertulia más activos de nuestra época, y en Pombo esta cualidad suya es lo esencial.

Es tan sensible la diferencia que existe entre el Ramón sentado y el Ramón de pie, que es probable que si no hubiese en este mundo sillas y mesas no habría llegado a ninguna parte, no sería absolutamente nada, no se habría

hecho el nombre que tiene, un nombre que está destinado a producir un impacto en el extranjero y a impresionar al intelectual provinciano. En el extranjero hay unos señores llamados hispanófilos, pocos pero buenos, a quienes gusta todo lo que molesta y empalaga al contribuyente del país. Es la forma más curiosa de admiración que yo haya visto nunca. Entre los hispanófilos, Ramón tiene un gran prestigio. Está considerado como un personaje colosal —un personaje que hará mella—.

Ramón Gómez de la Serna sale muy poco de casa. La vida que hace es la mejor para un intelectual que quiera trabajar: duerme de día y escribe de noche. Es un hombre que está situado y no se priva de nada. La gente dice que en su despacho hay animales disecados, relojes parados, aparatos de astrología y nigromancia y objetos del Rastro. Dentro de este ambiente dedica setenta horas a la semana a hacer greguerías. Escribe sobre un rollo de papel higiénico. El rollo se va desenrollando y él va escribiendo —siempre con tinta roja—. Hasta aquí lleva hechas ya tres o cuatro mil millones de greguerías. ¿Cuántas hará aún? ¡Asusta pensarlo!

Esta noche me ha leído —ha leído en voz alta— la última greguería que ha salido de su estilográfica: «Con el columpio —dice así el papel— las niñas nos enviaban aire de sus coños». Como greguería, no hay nada que decir, hablando en general.

A veces sale al extranjero por unos quince días y hace treinta o cuarenta mil greguerías sobre las chimeneas de cualquier población. Pobres chimeneas.

No sé si es exactamente esto. No lo creo. Un escritor, por fuerte que sea su afán de posesión del mundo, descubre un día que hay cosas en su oficio más difíciles de hacer que otras. Conforme: todo es greguería. Pero hay, de todos modos, greguería y greguería. Una cosa difícil de hacer en literatura es un paisaje. Más difícil aún es hacer un retrato, un buen retrato, no un retrato cubista, sino un retrato que después de haberlo leído podáis ir siguiendo con un lápiz, por los ojos, la nariz, la boca y las orejas hasta que quede completamente dibujado. Picasso, cuando quiere, sabe dibujar. Y lo más difícil de todo en literatura es hacer una descripción, es decir, relacionar, poner con naturalidad, si puede ser con gracia, un hombre en un paisaje. En una palabra: es mucho más difícil hacer el Sorel de Stendhal que hacer un libro dedicado a las farolas del alumbrado público o a las chimeneas de las poblaciones importantes. Más claro todavía: dado que todo es greguería, es más difícil de hacer la greguería Sorel que la greguería farola.

También sé otra cosa: también sé que los que dicen que en literatura el asunto es lo menos importante andan equivocados. El asunto tiene importancia, no mucha, es cierto; pero tiene su importancia. La importancia del asunto, en realidad, depende del respeto con el que se quiera tratarlo. Depende, en definitiva, no de lo que se dice sobre el asunto, sino de lo que se tiene la fuerza de no decir, de callar. Tal vez la característica de un gran escritor sea darnos a entender en todo momento las reservas que tiene, es decir, lo que podría decir y no dirá. Si Ramón Gómez de la Serna, que es un formidable temperamento de escritor

y un hombre que siente de una manera delirante y trágica el problema de la posesión del mundo, se hubiese limitado a escribir un centenar de piezas de greguería nos parecería que este hombre es capaz de dibujar el rizo de una golondrina. Veríamos las greguerías colgadas en el aire y nos parecerían rizos de tela de araña suspendidos sobre la tierra. En este centenar de piezas, sentiríamos los tres o cuatro mil millones de greguerías que Ramón Gómez de la Serna ha producido.

Pero da lo mismo. Ramón Gómez de la Serna es un hombre jovial y simpático; esconde su temperamento trágico bajo una apariencia de felicidad y sociabilidad, y este su mesurado y humilde servidor lo admira de manera indubitable.

Sobre la una y media de la madrugada, cuando Ramón se levanta del asiento —imitado *ipso facto* por el pintor Solana—, se produce el momento trágico: el momento de pagar el café, o sea, hablando en general, el momento de pagar. Se produce un instante de confusión que suele durar un rato largo. El pintor Solana permanece mudo y absorto como un mochuelo, como una figura de cera burocrática. Ramón agita los brazos para aclarar la situación. Los camareros, muertos de sueño, aturdidos por la densidad de las ideas, quieren cobrar. No es que quieran cobrar por sí mismos; quieren cobrar porque está el dueño. En la confusión subsiguiente hay quien paga y hay quien no paga. En definitiva es igual. Ramón, al fin, hace una frase madrileña y patriótica y todo queda arreglado. En el paso de la puerta, me dice:

«Es curioso: los catalanes casi siempre pagan. No sé cómo se lo hacen...».